



El domicilio del texto: un recorrido por la historia del libro judío

Paula Ansaldo
Universidad de Buenos Aires
Argentina

Dujovne, Alejandro
Una historia del libro judío. La cultura judía argentina a través de sus editores, libreros, traductores, imprentas y bibliotecas
Buenos Aires: Ed. Siglo XXI, 2014
ISBN: 978-987-629-436-2

Introducción

Los judíos son conocidos mundialmente como “el pueblo del Libro”, epíteto que hace referencia a la centralidad de la Torá en la vida judía a lo largo del tiempo. Dicho calificativo puede a su vez dar cuenta del rol primordial que tuvieron, y aún tienen, los libros en la cultura de los judíos. En su libro *Una historia del libro judío. La cultura judía argentina a través de sus editores, libreros, traductores, imprentas y bibliotecas*, Alejandro Dujovne (doctor en Ciencias Sociales e investigador del Conicet) aborda el papel del libro judío en la Argentina desde finales de la década de 1910 hasta la segunda mitad de 1970, cuando se produce un declive del apogeo experimentado en la Posguerra. Reconstituye así el mundo del libro ahondando tanto en sus agentes (libreros, editores, imprenteros, traductores), es decir, en el contexto productivo, como en el de recepción y circulación.

Dujovne parte de la pregunta por los universos sociales y los proyectos políticos y culturales que se escondían detrás de los libros, en tanto que “el libro adquirió un papel central en la supervivencia del judaísmo en la diáspora, al actuar como el centro de referencia que sostenía la unidad del pueblo judío en el tiempo y el espacio” (15) convirtiéndose de esta forma en lo que Heinrich Heine denominó la “patria portátil” del pueblo judío. La historia del judaísmo está en este sentido, indisolublemente unida a la historia del libro y su lectura.

El trabajo está estructurado en siete capítulos, cada uno de los cuales pone el acento en un aspecto diferente del universo del libro, dando cuenta así, del entramado cultural judío en la Argentina.

Una cultura trasnacional

En el primer apartado “Historia y geografía trasnacional del libro judío”, Dujovne plantea que los libros funcionaron como una suerte de puente que conectaba a los inmigrantes judíos y sus descendientes radicados en la Argentina con la cultura judía que se desarrollaba en los grandes centros editoriales de Varsovia, Vilna, Moscú, Nueva York y -después del Holocausto y la fundación del Estado de Israel- Tel Aviv. Postula entonces que para comprender los modos de circulación y producción del libro, es preciso “inscribirlos en una geografía trasnacional y en una historia de larga duración” (29). Por esa razón, analiza en este primer capítulo la relación del libro con los cambios idiomáticos sufridos por las lenguas habladas por los judíos (principalmente el ídish y el hebreo) cuyo uso fue afectado por sucesos históricos entre los cuales destacan el surgimiento de los Estado-Nación modernos durante la segunda mitad del siglo XVIII y el siglo XIX y sus políticas de homogeneización idiomática, el movimiento de la Haskalá (la “ilustración” judía) y el surgimiento de expresiones políticas judías modernas como el sionismo y el bundismo, que batallaron en el campo de las lenguas por la imposición de un idioma nacional (el hebreo para los primeros, el ídish para los segundos).

El autor realiza luego, un recorrido por los avatares de la palabra impresa y la edición en ambos idiomas, así como por la edición de “libros judíos” en lenguas no judías, centrándose en los casos de Alemania y los Estados Unidos. Se remonta de esta manera al origen de la lengua ídish en el siglo XI, dando cuenta de su progresiva convivencia con el hebreo, en lo que denomina un bilingüismo interno, ya que mientras “[El hebreo] era el idioma de los textos religiosos y el culto, el ídish era la lengua popular utilizada para el

habla cotidiana” (36). Pero tanto la Revolución Rusa y la edificación de la URSS, como el Holocausto y la creación del Estado de Israel alteraron el mapa de la cultura judía, produciendo grandes transformaciones que se reflejaron en la creación literaria y en el trabajo editorial, pues “el centro demográfico, cultural y simbólico inequívoco de la cultura ídich fue violentamente borrado” (55) dando lugar con la creación del Estado de Israel en 1948, a un nuevo mapa cultural.

Buenos Aires ídich

En el segundo capítulo, Dujovne aborda el panorama editorial en lengua ídich en Buenos Aires, centrándose especialmente en el período de entreguerras indagando en “las funciones atribuidas al libro como instrumento de disputa política dentro del campo judío, y como medio para preservar y afirmar una identidad cultural diferenciada” (66).

Señala que fue el sector *ashkenazí*, es decir, el de los inmigrantes provenientes de Europa central y oriental, el que efectivamente dominó la publicación y circulación de libros en Argentina. El primer intento sistemático de publicación fue *Bijlej far iedn* (“Libritos para todos”) creado por Jacobo Liachovitzky en 1919, que por su bajo precio se tornaba accesible para los sectores populares.

Dujovne sostiene que la posición socio-económica de los hablantes del ídich en esos años dificultó el desarrollo de un mercado editorial local, siendo la prensa periódica y las bibliotecas opciones más acordes a las posibilidades de los potenciales lectores. Por esa razón, durante el período de entreguerras, la mayor parte de los libros que circulaban en la ciudad fueron importados desde Varsovia, Vilna y Nueva York, ciudades que contaban con importantes sellos editoriales en ídich, convirtiendo de esta forma a Buenos Aires en un centro subordinado.

Pero este panorama resultará profundamente alterado luego de la Segunda Guerra Mundial, en tanto que el Holocausto “significó la aniquilación física de la mayor parte de los escritores, editores, traductores, correctores, imprenteros, librerías, etc.” (95). A su vez, una serie de factores económicos otorgaron a la edición argentina una ventaja comparativa que dio lugar a una “época de oro” de la industria editorial en ídish cuyo auge se extiende hasta mediados de la década de 1960.

Entre los ocho sellos más relevantes de este período, se encuentran las colecciones del ICUF (Federación de Asociaciones Culturales Israelitas), el IWO (Instituto Científico Judío), *Dos Poylishe Idntum* de la Unión Central de los Judíos Polacos en Argentina y *Musterverk fun der Idisher Literatur* dirigida por Samuel Rollansky.

La palabra impresa en castellano: de la integración al sionismo

En los capítulos tres (“Los libros que no deben faltar en ningún hogar judío”. La traducción como política cultural 1919-1938) y cuatro (“Un acto de afirmación judía”. La edición en castellano entre 1938 y 1974: sionismo, cultura y religión”), el autor se centra en la edición de libros judíos en lengua castellana.

El primero aborda el momento pionero que se inicia con la traducción de *Los cabalistas* de I. L. Peretz, por el editor y ensayista Salomón Resnick (1894-1946). El capítulo se centra en su caso, junto con el del editor Manuel Gleizer.

Resnick fue uno de los fundadores de la Sociedad Hebraica Argentina (SHA), y creador de la revista *Judaica*, centrada en la traducción y difusión de la cultura judía en castellano. Y el responsable de introducir en el panorama editorial argentino a autores judíos de renombre como Sholem Aleijem y Sholem Asch.

Por su parte, Gleizer (1889-1966) comenzó instalando la Librería La Cultura, que adquirió un gran renombre en el circuito literario porteño, siendo frecuentada por numerosos escritores como J.L. Borges y Leopoldo Marechal. Fue uno de los primeros en propiciar la publicación de escritores judeoargentinos, publicando a Alberto Gerchunoff, Samuel Eichelbaum y a César Tiempo, entre otros. En 1937 creó la serie “Biblioteca de autores judíos”, luego denominada “Biblioteca de temas judíos”, con el objetivo de “dar al lector un vívido cuadro sobre el judaísmo” (150), contribuyendo así a la integración social y cultural de los judíos en el país.

En el capítulo cuatro, el autor aborda la etapa marcada por el ascenso del antisemitismo y el Holocausto, que obligó a los judíos argentinos a “dudar de la fortaleza de las democracias liberales y a revisar muchos de los postulados que hasta entonces habían organizado su fe integracionista” (161). A su vez, la creación del Estado de Israel, modificó la oferta que pasó a caracterizarse por una fuerte reafirmación del carácter nacional judío por medio del sionismo.

El capítulo recorre el itinerario de sellos editoriales de orientación sionista, como la Editorial Israel, fundada por José Mirelman y Máximo Yagupsky, y el sello Candelabro. El desarrollo de la Editorial Israel se aborda con mayor profundidad en el capítulo cinco (“De la trayectoria al catálogo. El caso de la Editorial Israel”) donde el autor expone la trayectoria de sus fundadores, para preguntarse de qué manera éstas se tradujeron en su programa editorial.

Una cartografía del libro judío

En el capítulo seis (“Geografía urbana y palabra impresa. Librerías, bibliotecas e imprentas judías en Buenos Aires”) el trabajo ubica a los actores encargados de la producción y al circulación del libro judío en el plano urbano

de Buenos Aires “a fin de visualizar la dimensión espacial del universo del libro y ponderar la importancia de su relación con la producción cultural” (30).

Señala que el barrio de Once fue el centro material y simbólico de la colectividad judía porteña, por lo que “situar una institución en el radio de ciertas cuadras suponía reforzar su carácter judío” (260). Así, las librerías e imprentas decidían dónde instalarse “en función de la demanda potencial” (258) que ese emplazamiento les proveía. De esta forma, las librerías especializadas, las publicaciones periódicas y las bibliotecas permitieron el acceso a libros judíos tanto de autores nacionales como internacionales por parte de los lectores porteños.

Otra de las vías de acceso que tuvo gran importancia en la difusión del libro judío fue El Mes del Libro Judío de la AMIA, un evento anual que desde 1947 hasta inicios de 1990 se centraba en la venta y promoción de libros judíos. El capítulo siete (“La cultura judía de posguerra bajo el prisma del Mes del Libro Judío, 1947-1973”) se focaliza en su desarrollo durante más de dos décadas. En primer lugar, recorre su creación y primeros años a fin de comprender los factores que lo convirtieron en el principal acontecimiento de la agenda cultural judía anual. Realiza luego un análisis de las estadísticas de venta que nos hablan de los cambios políticos e idiomáticos del judaísmo argentino en la posguerra, pasando progresivamente a ser el hebreo el idioma mayoritario de ventas por sobre el ídish. Esta tendencia da cuenta de la cada vez mayor influencia de la ideología sionista en la colectividad que dejó su impronta en el evento.

A modo de cierre

Una historia del libro judío realiza un recorrido exhaustivo a través de 60 años de historia de la cultura judía en argentina, dando cuenta del nacimiento, crecimiento y declive del universo editorial judío y de los cambios idiomáticos e



ideológicos que lo dividieron. Su trabajo pone en evidencia cómo el campo de los libros fue un espacio de vital importancia donde se dirimió y recreó la identidad cultural judeoargentina en constante redefinición.

Se posiciona así como una obra de referencia que nos conecta con un mundo que ha sido apenas recordado, pero que constituye un capítulo ineludible de la historia de la edición y de la vida judía en Argentina.